

FICHA DEL LIBRO

Periodistas en la diana. Treinta años de amenaza terrorista a los medios de comunicación españoles

AUTOR

Gabriel Sánchez

EDITORIAL

Asociación de la Prensa de Madrid.
 Madrid, 2007

Quien tiene buen vecino, tiene buena mañana. Este viejo proverbio me venía a la cabeza leyendo *Periodistas en la diana*: la denuncia radical en la que ha convertido su tesis doctoral el profesor y periodista, el periodista reciclado en profesor que es Gabriel Sánchez. Se trata de una visión parcial sobre la profunda tragedia que atenaza hoy al pueblo vasco: la ignorancia y la maldad han hecho del miedo instrumento para destruir la libertad. Si este problema afecta al conjunto de nuestra sociedad y, con mayor gravedad, al sector que de España representan los vascos, Gabriel Sánchez se ha ocupado —y sólo por esto y sin connotación negativa alguna, lo he calificado de parcial— de la persecución sufrida por los periodistas y, en sus personas, por la libertad de expresión.

Incluyendo reflexiones, a veces jugosas, sobre la violencia desatada por la "ultraderecha" y el terrorismo internacional, la obra, como no podía ser de otro modo, hace de ETA su tema principal —tema, pues protagonista sólo puede considerarse al periodista— y, al hacerlo, presenta un análisis académico, la constatación de un actuar vergonzoso, una valiente denuncia y un drama. Un análisis académico que le lleva a establecer los objetivos de ETA y su relación con los medios de comunicación. Si la extrema derecha, desorganizada, carente de un ideario concreto y consciente de que lo que estaba haciendo era ilegal y no les conduciría a nada, lo que pretendían era silenciar a la prensa, ETA nunca ha pensado así: quiere afines a su causa y que aunque no la abracen, sí al menos la justifiquen, porque la consideran noble y justa, y en ese afán ideológico no aceptan la crítica, la condena o el rechazo. Al mismo tiempo, mientras los atentados firmados por la extrema derecha o por los GRAPO no iban dirigidos tanto a personas, cuanto a las cabeceras y a lo que representaban, caso distinto es la intimidación de ETA, que tiene un objetivo claro: marca personas más que medios de comunicación, porque son conscientes de la trascendencia social de éstos y, yo añadiría, hacen del miedo la base de su éxito y pretende justificarse acusando al periodista de servir a los intereses de un Estado opresor.

En todos los planteamientos teóricos que ETA hace sobre el papel y la función social de los medios de comunicación existe un denominador común: los que ETA llama el Estado español ejerce una acción represiva para impedir el desarrollo nacional de los pueblos ocupados y su clase dominante utiliza a la industria mediática para sus propios intereses, por lo tanto ésta es portavoz de quienes están oprimiendo y sojuzgando a un

pueblo que trata de liberarse. Detrás de este análisis sólo hay los frutos perversos de una ideología revolucionaria en descomposición, carente ya —si alguna vez la tuvo— de las más mínima ilusión utópica, la más abyecta maldad y, lo que es peor, la más indisimulada ignorancia. No me resisto a transcribir uno de los mensajes recogidos por Gabriel Sánchez del boletín interno de ETA, donde asegura ésta que atentará “contra las fuerzas de ocupación, los intereses económicos del Estado español, la oligarquía, los responsables políticos, cargos electos y candidatos del PP y del PSOE, sus sedes y actos públicos, la estructura administrativa del Estado y el marco autonómico, los medios de comunicación de guerra españoles y el Opus Dei”; maldad y estupidez.

La otra cara de esta pretendida justificación teórica de la violencia: la utilización propagandística de los medios de comunicación. El análisis del video *Periodistas*, el negocio de mentir, repartido por la revista *Ardi Beltza*, es muy ilustrativo: “Mentiras para obtener información, tergiversaciones del trabajo periodístico, exageraciones o silencios, según conveniencia, imágenes oportunistas y un texto verdaderamente ofensivo para los protagonistas de la película. Tal vez haya sido este el exponente más significativo de la idea que el entorno de ETA tiene sobre los profesionales de la información y las empresas para las que trabajan. A lo largo de la vida de la revista *Ardi Beltza* —poco más de un año— se señaló a más de treinta periodistas que, por unos motivos u otros, estaban, según los redactores de las informaciones, al servicio del Ministerio del Interior o practicaban una política informativa antivasquista”.

Junto al análisis teórico, *Periodistas* en la diana constata un actuar vergonzoso, o varios. Observando la diferencia entre la tregua y las conversaciones de la época de Aznar y la tregua y las negociaciones actuales, muestra como, en ambos casos, los líderes del PP y del PSOE intentaron rentabilizar políticamente la lucha contra el terrorismo, manifestando la profunda

fractura de nuestra sociedad; en ambos casos, los dos partidos hicieron caso omiso a preceptos concretos, plasmados en textos que ellos mismos habían redactado con anterioridad o que habían apoyado de manera indirecta. No menos vergonzosas son las ambigüedades que dominaron el análisis del problema terrorista hasta los años noventa y, en el extranjero, por más tiempo aún.

El libro es también una valiente denuncia que surge de un hecho trágico: España sigue siendo el único país de la Unión Europea que soporta acciones terroristas domésticas, perpetradas por un grupo interno, ajeno a los planteamientos ideológicos del terrorismo internacional; y alimenta un drama. Con infinidad de datos concretos de cómo se vive el conflicto, mucho más allá de las cifras, Sánchez habla del sufrimiento de todos los vinculados de cualquier forma al mundo de la comunicación, pero se podría ir más allá: la huida, por miedo, de la política en el sentido más amplio y noble del término: en el País Vasco sólo se vive seguro en el silencio. Por eso no cabe despreciar, como bien observa Gabriel Sánchez, al llamado “terrorismo de baja intensidad”, y no cabe hacerlo porque es antesala y cobertura de mayores violencias y motor del miedo: acobardarnos para que transmitamos a la sociedad la sensación de que todo es inútil. En el interior del drama, sólo alienta una esperanza: la primera gran concentración de periodistas rechazando la violencia de ETA fue en San Sebastián el 13 de noviembre de 2000; había pasado mucho tiempo, pero finalmente se rompía el silencio: sólo la reacción de la sociedad vasca en defensa de su libertad puede vaciar de contenido el miedo al vecino que hoy deshace a esa comunidad.

Todo lo reseñado hace de ésta, una obra más que necesaria, dónde sólo incorporaríamos un pero: su autor constata hechos gravísimos, pero en ocasiones huye de su análisis, de sus implicaciones. “En la década de los 80, escribe, no había calado de forma tan profunda el rechazo al terrorismo como veinte años después. Esa falta

de conciencia era la que permitía publicar en diarios de reconocida solvencia, tanto dentro como fuera de nuestras fronteras, apreciaciones particulares de portavoces o dirigentes de organizaciones terroristas que acababan de firmar el asesinato de un ciudadano”. ¿Cuáles son las razones y las repercusiones de esto? Señala Gabriel Sánchez el caso de la WAN y la WEF en mayo de 2001, organizaciones “que jugaban más a la estrategia diplomática que a la defensa de los derechos de un colectivo seriamente amenazado”; ¿por qué tantas veces desde el extranjero se ha caído en la ambigüedad? ¿Por qué ignoran lo sucedido en España?: “cada vez que surgía un manifiesto de con-

dena, vuelve a señalar, había que empezar por remontarse a los antecedentes del conflicto y utilizar un lenguaje apto para todos los públicos, porque la mayoría de la comunidad internacional no le interesaba porque no había oído hablar jamás de la amenaza a los periodistas españoles”.

En resumen, si el tema tratado en esta obra no causase vergüenza, indignación y dolor, me atrevería a escribir que su lectura es un placer; pero, el valor y la necesidad de una obra no compensa el dolor que la causa. ■

POR Francisco Javier Gómez Díez
Universidad Francisco de Vitoria